

## INFORMACION BIBLIOGRAFICA

*Jean Meyer: LA CRISTIADA* (\*)

### UNA PAGINA RESCATADA PARA LA HISTORIA

Se ha dicho, con razón, que los pueblos hacen la Historia, pero no la escriben. Son algunos individuos los que consignan por escrito los acontecimientos históricos, y legan a la posteridad el recuerdo de los mismos. La Historia escrita se convierte así en la memoria de los pueblos, en una fuente permanente de reflexión sobre el propio ser, sobre sus experiencias de éxito o fracaso, y en un caudal inagotable de lecciones para la vida. Es entonces cuando la Historia, como lo quería Herodoto, se convierte en maestra de la vida.

Hay, sin embargo, momentos en la vida de los pueblos en que éstos se ven poseídos por una fiebre revolucionaria que les impele a arrojar por la borda todas las tradiciones, y a tratar de iniciar su vida de nuevo, partiendo de la nada, como pueblos *fellhas*, sin ningún recuerdo ni patrimonio. En esos momentos la Historia se convierte en un pesado lastre y en acusador implacable; es entonces necesario reinterpretarla o acallarla. Aparecerá entonces una nueva Historia, que oculta, silencia o deforma; y si el poder revolucionario logra mantenerse dominante durante un período suficientemente largo, podrá borrar de la memoria colectiva a los hechos y personas que contradicen la interpretación oficial.

La desgracia que esto representa para un pueblo cuando llega a sucederle es difícilmente commensurable, pues retorna a un estado de infancia cultural, liquidando todo lo que había acumulado y constituía su patrimonio y madurez. Aunque biológicamente ese pueblo se podrá seguir llamando descendiente de aquél, culturalmente será otro, que inicia una nueva historia y estará condenado a repetir nuevamente todas las experiencias de su vivir colectivo.

Un fenómeno similar al anterior se presenta cuando, por cualquier tipo de circunstancias, el hecho histórico no encuentra al hombre que lo consigne por escrito; caso bastante frecuente cuando la rapidez de

---

(\*) Meyer, Jean: *La Cristiada*, Ed. Siglo XXI, México, 1973, 1.ª ed.

los hechos, el nivel cultural o la ubicación geográfica de los protagonistas lo impide. Entonces se pierde una página para la historia de ese pueblo, y así, muchas vidas y sacrificios se tornan estériles para las sucesivas generaciones o queda el recuerdo sólo a nivel anecdótico de algunas familias; hasta que al cabo de pocas generaciones se pierde definitivamente.

Las dos causas enumeradas: historiografía revolucionaria dominante y falta de documentos escritos que superaran el marco biográfico, amenazaban con difuminar el recuerdo de la página quizá más importante del catolicismo mexicano: la guerra de los cristeros (1). Ha correspondido al historiador francés Jean Meyer rescatar esta página de la Historia de México en forma definitiva, y, por paradoja de nuestros tiempos, a una editorial izquierdista el éxito editorial y comercial de la obra (2).

Fuera del grupo de los mexicanos ligados directamente a la gesta cristera, la historia de la lucha entre el pueblo católico y el estado revolucionario en el nacimiento del moderno Estado mexicano permanecía en secreto para el gran público (3). Silenciada en los textos oficiales y acallada en los medios católicos, la guerra cristera ha sido un tabú que solamente un extranjero ha podido enfrentar sin presiones, y ha sido una suerte que éste haya sido Meyer, investigador con-

(1) Vid. Mendoza Delgado, Enrique: «La Guerra de los Cristeros», en *Verbo*, núm. 159-160, págs. 1481 a 1520.

(2) La obra ha aparecido en francés: *La Christiade*, Ed. PAYOT, y en inglés: *The Christiade*, Oxford University Press.

(3) Entre las obras existentes en el mercado sobre la guerra de los cristeros destacamos las siguientes, que consideramos de interés para los lectores que deseen profundizar en el tema. La mayor parte de las mismas ha sido editada por Ed. JUS.

Sobre aspectos de la lucha de algunos grupos cristeros, ocupa el principal puesto *Los Cristeros del Volcán de Colima*, del P. Enrique Ochoa, estremecedor testimonio de la lucha y la religiosidad que animaba a los combatientes; *Por Dios y por la Patria*, del P. Félix Navarrete, es otro buen relato. Entre las memorias ocupan lugar destacado las de los generales cristeros Jesús Degollado Guízar y las de José Gutiérrez Gutiérrez. Entre las biografías de cristeros se encuentran la de Alfonso Trueba, sobre la vida de Luis Navarro Origel; *Entre las patas de los caballos*, relato de Luis Rivero del Val, que sigue el diario de Manuel Bonilla, y *Rescoldo*, de Antonio Estrada, sobre la vida de su padre, Florencio Estrada, jefe cristero de Durango.

La participación en la guerra de la Asociación Católica de la Juventud Mexicana está magníficamente recogida en el libro *México Cristero*, de Antonio Rius Facius. Otra novela muy conocida y publicada durante la II República por *Acción Española*, es «Héctor», del P. David Ramírez. Finalmente, en *Cristo, Rey de México*, Andrés Barquín y Ruiz sitúa la guerra cristera dentro de la lucha secular entre Revolución y Contrarrevolución en la Hispanidad, destacando su significado trascendente y sacro, y el legado y misión que para los católicos mexicanos representa.

cienzudo y escrupuloso, que ha consultado no sólo las fuentes documentales dispersas, sino que ha hablado con los protagonistas, logrando una aguda penetración en la psicología de los participantes en la lucha y de sus motivaciones.

La obra de Meyer ha abierto ya el campo a la investigación de este hecho histórico, que se manifiesta en la publicación de testimonios de los protagonistas aún vivos, en el interés despertado por el tema entre los historiadores, en la reedición de numerosas obras e incluso en la producción cinematográfica. Han aparecido también los primeros detractores de la obra, que denuncian la simpatía del autor por Lázaro Cárdenas y su Gobierno, su incomprensión a la Jerarquía eclesiástica o la dureza de sus juicios sobre personas o grupos participantes en la guerra cristera. Sin embargo, a nuestro juicio, aun a pesar de estas posibles puntualizaciones, la aportación fundamental de la obra, a saber, la visión de conjunto de los hechos basada en una concienzuda investigación, supera con mucho todas las críticas que pudieran hacerse.

La obra consta de tres volúmenes, dedicados, el primero, al aspecto militar de la guerra; el segundo, al conflicto político y diplomático entre la Iglesia y el Estado mexicanos, y el tercero, a los combatientes.

I. El conflicto entre la Iglesia y el Estado en México tuvo sus antecedentes más remotos en la expulsión de los jesuitas del Imperio español. Este hecho constituyó un grave trauma que quedó grabado en la conciencia de los católicos, que vieron por primera vez la posibilidad de un enfrentamiento entre la Iglesia y el Estado, que se continuaría tras la Independencia política de la metrópoli en 1821 y en las guerras de Reforma entre liberales y conservadores durante el resto del siglo XIX. La dictadura de Porfirio Díaz, desde 1876 hasta 1910, constituyó un interregno a la hostilidad contra la Iglesia, en el cual ésta se fortaleció y realizó grandes obras, hasta el grado de conocerse a esta época como «segunda Evangelización».

Con el año 1910 llega la Revolución y la lucha entre las facciones, que no terminará hasta 1916, con el triunfo de los constitucionalistas, al mando de Venustiano Carranza. Este grupo, formado por liberales radicales, masones y antirreligiosos, promulgará una nueva Constitución en 1917, que recoge y aumenta la tradición jacobina de las leyes de Reforma contra la Iglesia. Se le prohíbe poseer cualquier tipo de bienes, incluidos los templos y casas rurales; impartir educación; no se le reconoce personalidad jurídica alguna, se prohíben los votos religiosos, etc.

En los siguientes años, los gobernadores de los Estados hostilizan a los católicos, cerrando escuelas, tolerando agravios a templos y eclesiásticos; estallan bombas en los Arzobispados de México y de Guadalajara. Ante la provocación, la respuesta de los católicos en provincias, especialmente en Guadalajara, es firme y contundente; tras manifestaciones y enfrentamientos con la policía, el Gobierno se ve obligado a dar marcha atrás e inicia una política de apaciguamiento que quedará interrumpida al ser derrocado Carranza por el general Alvaro Obregón en 1920.

Aunque Obregón no deseaba el enfrentamiento con la Iglesia, muchos de sus partidarios, militares masones rabiosamente anticatólicos, iniciaron campañas de hostigamiento en las provincias.

Además del odio a la religión, no fue tampoco ajena a la persecución la envidia y recelo que entre los sindicalistas producían los sindicatos y obras sociales de los católicos.

Entre 1921 y 1924 se multiplicaron los conflictos: manifestaciones católicas en Morelia, Guadalajara, San Juan de los Lagos y otras poblaciones terminaron con la muerte de manifestantes y con la impunidad de los asesinos. La consagración de México a Cristo Rey en 1923 culminó con la expulsión del delegado apostólico; pero la ruptura definitiva se producirá en 1924 por la celebración en la ciudad de México del Congreso Eucarístico. El Gobierno obstaculizó su celebración y finalmente la suspendió.

De las iniciativas personales y aisladas, la facción revolucionaria pasó a aplicar un plan sistemático de persecución contra la Iglesia. El primer intento fue bajo la forma de Cisma. Un grupo de obreros y sindicalistas ocuparon la iglesia de la Soledad, en la ciudad de México, y proclamaron la creación de la «Iglesia Católica Apostólica Mexicana» con la colaboración de un sacerdote cismático. La repulsa de los católicos fue unánime y respondieron a los ataques, creando en el mes de marzo de 1925 la «Liga Nacional de Defensa de la Libertad Religiosa», que con el apoyo de los obispos y de las agrupaciones apostólicas se difundió rápidamente en toda la nación.

En 1925 asumió la presidencia del país el general Plutarco Elías Calles, representante de la facción revolucionaria más radical, y que ya había dado pruebas de su fobia antirreligiosa mientras fue gobernador del Estado de Sonora. Hizo elaborar y promulgar, en enero de 1926, una ley reglamentaria del artículo 130 de la Constitución, sobre cultos, y solicitó la reforma del Código penal para sancionar los delitos en materia religiosa. Unas declaraciones condenatorias del obispo de la ciudad de México, monseñor Mora y Río, sirvieron de pretexto para desencadenar la ofensiva definitiva contra la Iglesia.

Calles hizo legislar a los gobernadores de los Estados, fijando arbitrariamente el número de sacerdotes autorizados para cada uno de ellos, obligando a los sacerdotes a inscribirse ante las autoridades y a obtener una licencia si deseaban ejercer el ministerio, al tiempo que se exigía la aplicación estricta de todas las leyes anteriores en materia religiosa.

El mes de julio se reunió el Comité Episcopal, que decidió apoyar la campaña de resistencia pasiva contra el Gobierno iniciada por la Liga de Defensa de la Libertad Religiosa, y tras consultar con Pío XI, acordaron la suspensión de cultos públicos para el día 31 de julio de 1926, fecha de la entrada en vigor de las disposiciones gubernativas; ya que estimaban que en las condiciones legales que se establecían no era posible la realización del culto.

El Gobierno no cedió ante esta medida y ordenó para el mismo día realizar un inventario de los templos y entregarlos para su administración a juntas de vecinos partidarios del Gobierno. Con este motivo se produjeron los primeros choques sangrientos entre los funcionarios del Gobierno y el pueblo católico que defendía los templos. En las ciudades se inició un boicot económico general contra el Gobierno, por el cual los católicos comprarían únicamente los artículos indispensables, no enviarían a sus hijos a las escuelas públicas y adoptarían otras medidas similares. El boicot fue cumplido con entusiasmo, y hacia el mes de septiembre hacía sentir sus efectos en todo el país. A esta medida se sumó la recogida de dos millones de firmas solicitando la derogación de las leyes persecutorias que fueron enviadas al Congreso, en donde fueron absolutamente ignoradas. Una larga serie de incidentes desembocaba así en un enfrentamiento global y generalizado.

II. Los alzamientos populares armados, sin ninguna coordinación ni dirección unificada, empezaron a proliferar en el centro del país, y llevaron a la Liga a plantearse la posibilidad de la resistencia armada. Cuando finalmente optó por ella, el precario apoyo de la Jerarquía y su unidad de criterios se rompió. Tres obispos apoyaron abiertamente a la Liga y una docena fueron sus enemigos declarados. Estas conductas de los obispos fueron determinadas principalmente por las circunstancias particulares de cada Diócesis, en las cuales variaron tanto la política de las autoridades locales como la respuesta y organización de los fieles.

Desde el inicio de la insurrección generalizada, en el mes de enero de 1927, en ambos campos había grupos que trataban de negociar y llegar a una solución pacífica. El general Obregón, por

medio de católicos ricos partidarios del régimen, entabló contactos con la Jerarquía desde ese mismo año. Roma autorizó estos contactos, que se reforzaron con la llegada a México, como embajador de los Estados Unidos, de Dwight Morrow, quien pronto se ganó la confianza del presidente Calles, y quien con criterios pragmáticos vio la necesidad de detener la lucha para salvar al régimen y a la economía del país. Entre ambos persuadieron a Calles sobre la necesidad de negociar, pero la tarea fue sumamente difícil, ya que las facciones radicales de ambos bandos hacían todos los esfuerzos posibles por impedirlo.

Tras el interin producido por la muerte a manos de un católico del general Obregón, que figuraba nuevamente como candidato a la Presidencia, y la elección de Emilio Portes Gil, se reanudaron los contactos entre el nuevo presidente y los obispos, quienes llegaron a unos «arreglos» o acuerdos en el mes de mayo de 1929, por los cuales el Estado daba garantías verbales a la Iglesia de que podría ejercer su misión sin verse hostilizada, y ésta, a cambio, reanudaría los cultos públicos. Estos arreglos, hechos de prisa, sin contar en absoluto con los cristeros alzados en armas, y que les entregaba sin ninguna garantía en manos de sus enemigos y sin haber obtenido ninguna reforma de las leyes persecutorias, llenaron de amargura a los combatientes, que se vieron impotentes para impedir que las masas católicas volvieran a la vida normal, totalmente engañadas. Los autores de estas negociaciones fueron acremente censurados por su imprudencia, que quedaría demostrada muy poco tiempo después, cuando una nueva ofensiva antirreligiosa del Gobierno fuera emprendida, una vez desarticuladas las organizaciones católicas y asesinados sus dirigentes.

Para el estudio del aspecto militar de la guerra, Meyer la divide en tres etapas. La de incubación abarca el período de agosto de 1926 a enero de 1927, en el cual aparecen numerosas partidas autónomas, mandadas por jefes y caudillos locales, que operan en los territorios que conocen y que en una acción de guerrillas hostilizan continuamente a las fuerzas militares del Gobierno. Los grupos cristeros van desde los de una docena de hombres hasta el millar, y sus armas son escopetas de caza y armas viejas. Actúan sin planes definidos y son fácilmente dispersados cuando tienen un encuentro con las tropas del Gobierno.

En octubre de 1926, la Liga decide pasar a la lucha armada y tratar de encuadrar el movimiento popular; en pos de este empeño entrará frecuentemente en conflicto con otros grupos que se niegan a someterse a su autoridad. La magnitud de la obra y el alcance del

movimiento hacen imposible a la Liga asumir el papel director del movimiento como lo pretendía.

En enero de 1927 se prepara y realiza un levantamiento en masa en todo el país, que alcanza sus éxitos más importantes en el Estado de Jalisco, donde, organizado por el grupo «Unión Popular», sorprenden al Gobierno, tomando numerosas poblaciones, y hacen que el movimiento se difunda como reguero de pólvora hacia todos los Estados del centro de México.

Entre julio de 1927 y julio de 1928 el movimiento cristero deja de ser una masa armada y se transforma en la «Guardia Nacional», un verdadero ejército bien disciplinado, bien armado y con un altísimo espíritu de lucha. El principal artífice de esta transformación es el general Enrique Gorostieta Velarde, quien con su enorme personalidad supo ganarse el respeto y admiración de jefes y soldados, los que, a su vez, le transmitieron la Fe y el sentido religioso de la lucha. Bajo su mando se delimitan las zonas de operaciones, se conciertan y ejecutan grandes operaciones y se aplican las reglas del arte militar, lo cual da como resultado la liberación de amplias zonas, en las que los cristeros establecen sus propias autoridades y administran la justicia. Vastas regiones son abandonadas por el ejército a los cristeros, y solamente las cruzan en fuertes columnas, castigando duramente a la población civil, con lo cual no hacen sino aumentar la resistencia y la colaboración popular con los cristeros. En las tropas del Gobierno las desertiones aumentan incontenibles, los enfrentamientos y batallas se vuelven frecuentes, y las victorias cristeras, espectaculares y milagrosas. Los Estados de Jalisco, Michoacán, Colima, Zacatecas, Durango, Aguascalientes, Guanajuato, Querétaro y los alrededores de la ciudad de México son continuamente recorridos por las partidas cristeras, que llevan el movimiento hacia otros Estados que en un principio permanecieron apartados de la lucha.

Las pérdidas del ejército hacia el fin de la guerra se elevarían a 14 generales, 70 coroneles y 1.800 oficiales, además de 55.000 soldados y miembros de las tropas auxiliares. Las pérdidas de los cristeros se acercarian a los 30.000 hombres, sin poder evaluarse las pérdidas de la población civil.

El apogeo del movimiento cristero se alcanzó entre marzo y junio de 1929, cuando el Gobierno, tras enfrentarse militarmente con una facción disidente, fracasa en su ofensiva total contra los cristeros. Estos toman la iniciativa y emprenden una gran ofensiva, que será cortada súbitamente cuando al campo de batalla lleguen las noticias de los arreglos entre la Jerarquía eclesiástica y el Gobierno.

Entre 1929 y 1931 la Iglesia impone la paz y cesa la lucha; mu-

chos cristeros se acogen a la amnistía ofrecida por el Gobierno, y a continuación se inicia la persecución y asesinato de todos los jefes cristeros; auténtica carnicería, de la cual pocos logran escapar. A partir de 1931 la facción radical del Gobierno reanuda su campaña anticatólica, que culmina en la introducción de la educación sexual y socialista. Nuevas leyes restrictivas y una ofensiva cultural y educativa se imponen a los católicos, sin que éstos puedan defenderse. Aparecen algunos grupos armados, pero frente a un ejército ya fogueado y preparado. Muchos grupos se ven empujados al terrorismo como forma de lucha, mientras los obispos condenan duramente a los levantados en armas, al propio tiempo que condenan la política educativa del Gobierno.

La situación volverá a la normalidad cuando la lucha por el poder entre las facciones revolucionarias enfrente a los generales Calles y Cárdenas; resultando vencedor el último, busca la pacificación y da marcha atrás en el programa educativo y en la persecución a la Iglesia, restableciendo el *modus vivendi* de 1930, justo en el momento de emprender la nacionalización de las compañías petroleras extranjeras; acción política de enorme trascendencia y que requería de la unidad y pacificación del país. Con el sucesor de Cárdenas, general Manuel Avila Camacho, la tregua se consolida definitivamente.

III. En el tercer volumen de su obra, Meyer estudia a los protagonistas de la Cristiada. Proceden de todas las clases sociales, de ambos sexos, de todas las edades; por su origen político, proceden de los grupos más diversos; todo México está representado en el bando cristero. Las raíces auténticamente populares del movimiento, su fuerza, a pesar de la oposición de ciertos sectores eclesiásticos, su enfrentamiento tanto con el Gobierno como con sus aliados norteamericanos, etc., dejan traslucir claramente la profunda motivación religiosa que aglutinó a los combatientes.

Los cristeros hubieron de enfrentarse a gravísimos problemas, el principal el financiero; siendo guerra del pueblo, se hacía prácticamente sin dinero. A este problema se sumó el logístico, la desesperante falta de armas y municiones, que, en muchas ocasiones, obligó a abandonar una victoria ya segura. Por contraste, el ejército del Gobierno contaba con todos los recursos financieros y logísticos y el apoyo omnímodo de los Estados Unidos.

De un enorme interés son las páginas dedicadas por Meyer al análisis de la cultura e ideología de los cristeros, en las que van sucediéndose los testimonios de unos campesinos humildes, rudos y sencillos, que rememoran la lucha con citas del Apocalipsis y la in-



terpretan como el enfrentamiento entre el César y los mártires de Cristo. Hombres que anhelan el martirio como expiación y remisión y que entregan la vida con alegría, muriendo con el nombre de Cristo Rey en los labios. «Hablan la lengua franciscana del siglo XVI, la de San Agustín, la del texto inspirado. Tienen el ardor de los neófitos, su lenguaje, su cultura. Cristo da nombre a su guerra; el ejército que los ahorca, los quema y los desuella los llama Cristos Reyes, los de la coronación de espinas. Son la Iglesia sin sacerdotes de la sucesión apostólica y representan una cima de la cristiandad, como lo atestigua la belleza de su lenguaje, la riqueza de sus conceptos» (4).

En este punto la obra de Meyer pasa del análisis sociológico a lo sobrenatural, y, ante el testimonio elocuente de los hechos, reconoce que, «por encima de los aspectos económicos, conviene considerar estos alzamientos en sus raíces más profundas; si se quiere aprehender realmente el sentido de la Cristiada, hay que tener en cuenta al lado de los factores económicos, otra necesidad y otra exigencia. Porque si bien los apetitos económicos son realmente los más sustanciales y los más constantes, no son los únicos, ni, a la larga, los más poderosos; no constituyen tampoco las motivaciones más específicas del alma humana, sobre todo en los períodos en que domina la emoción religiosa» (5), y termina su obra comentando que entre los lugares privilegiados de la historia de la Iglesia se encuentra «esa alta meseta mexicana evangelizada por los mendicantes, hijos de Francisco de Asís y de Juan de la Cruz». Las razones de esta afirmación han sido expuestas en los tres tomos de la obra.

E. M. D.

**José Guerra Campos, obispo de Cuenca: ATEISMO, HOY (\*)**

En noviembre de 1977, el autor dio en un aula pública de Cuenca cuatro conferencias sobre el ateísmo contemporáneo, organizadas por la Comisión Diocesana de Jóvenes de Acción Católica.

Revisado el texto de las mismas, podado de expresiones oratorias y completado con citas y bibliografía, constituye el volumen que comentamos.

El libro se divide en una Introducción y tres partes: 1.ª, formas

(4) Meyer, Jean: *op. cit.*, pág. 320, tomo III.

(5) Meyer, Jean: *op. cit.*, pág. 323, tomo III.

(\*) Ediciones Fe Católica, Madrid, 1978, 185 págs., rústica.